

MOTEUCZOMA XOCOYOTZIN.

A LA SEÑORA DOÑA MANUELA SERRANO DE VALLE

PRIMERA PARTE

ROMANCE I

El Astrólogo.

En un salon espacioso,
De aquel alcázar soberbio,
Que habitaron los monarcas
Del Anahuac opulento,
En un salon que tapizan
Cien colgaduras de lienzo
Bordado de oro, y que ostenta
El rico arteson de cedro,

Bajo un dosel de oro y fino
 Nácar incrustado en ébano,
 Y sobre un banco de icpali
 Está el Rey nono de México,
 Moteuczoma el poderoso
 Que no hace mucho que ha vuelto
 De una expedición famosa
 En que ha perdido su ejército,
 No combatiendo cual suele,
 Contra el helicoso pueblo
 De Amatlan, que rebelado
 Tremola pendon guerrero;
 Sino al embate furioso
 De una tempestad, que haciendo
 Destrozo grande en sus huestes,
 Le obliga á tornar ligero
 A Tenuchtitlan la hermosa,
 Con los miserables restos
 De una legión combatida
 Por el cansancio y el miedo;
 Que un portentoso cometa
 Su cauda enseña en el cielo,
 Nuncio de grandes desgracias
 Para el trono y para el reino;

Y por eso acongojado
 Está el monarca en su asiento,
 Entrambos brazos caídos,
 Pegada la barba al pecho;
 Ni hace caso de un jicali¹
 Que de octli² espumoso lleno,
 Le ha presentado una esclava
 Que le sirve con esmero,
 Ni una lengua caña fuma
 Que colma tabaco bueno,
 Con itlilxochitl³ oloroso
 Y otras dos yerbas compuesto;
 Pues piensa solo en que dicen
 Los nigromantes mas viejos,
 Que el cometa y el fracaso
 Que dispersó á sus guerreros,
 Y el incendio repentino
 De las dos torres del templo,
 Le anuncian que de otra tierra,
 Que está del Anáhuac lejos,
 Y por el lado en que luce
 El sol sus rayos primeros,
 Vendrán en son de conquista
 A derrocar su gobierno,

¹ Vaso natural.² Pulque, licor fermentado que se extrae del maguey.³ Vainilla.

Sobre palacios flotantes,
Asombro del universo,
Hombres de color distinto
Y de distinto dialecto.

Y el vaticinio le infunde
Un temor tanto mas serio.
Cuanto que Nezahualpilli
Rey del Tezcucano pueblo,

Que fama alcanza de sabio
Y de clarísimo ingenio,
Y á quien Moteuczoma tiene
Por astrologo supremo,

Con pesadumbre le afirma
Que cuánto dicen es cierto,
Y se lo probó dos veces,
¡Triunfando de él en el juego!

Que era el azar el que daba,
Por aquellos raros tiempos,
De extraordinarias costumbres
Y extraordinarios sucesos;

En las dudas mas sencillas,
Y en los mas árdulos empeños,
La victoria al mas taimado,
O mas astuto, ó mas diestro.

Que está impaciente el monarca
Indica claro en su gesto,
Y los instantes que corren
Se le hacen siglos eternos.

A alguno espera, no hay duda,
Pues al rumor mas pequeño
Quiere incorporarse, y torna
Su semblante placentero.

Pero así como en la oscura
Noche, cruza el firmamento
Relámpago repentino,
Quedando despues mas negro;

Así su semblante, torvo
Vuelve á quedar al momento
Mas airado y mas sombrío
Mientras mas avanza el tiempo.

En alternativas tales
Está; mas de pronto oyendo
Cercano rumor de pasos,
Se alza del banco, violento,

Y «véte,» á la sierva dice,
«Vete;» y en el punto mismo
Se abrió la régia mampara
Que da entrada al aposento,

La cual, despues de dar paso
A dos hombres, tornó luego
A cerrarse, y quedó breve
Rato la estancia en silencio.

Rompióle al fin el monarca
Dirigiéndose al mas viejo
De los dos, que apenas puede
Tenerse en sus piés de hielo.

—«Tú, Xoloe, que los destinos
Penetras de hombres y pueblos,»
Le dice al humilde anciano
Que no se atreve ni á verlo;

Tú que las noches te pasas
En las estrellas leyendo,
Para arrancar uno á uno
Al porvenir sus secretos;

Tú que en el estudio has visto
A un siglo encorvar tu cuerpo,
Llenar tu frente de surcos
Y de escarcha tus cabellos,

Dime si es cierto el horrible
Horóscopo que el funesto
Rey de Acolhuacán descubre
De tu ciencia en los misterios.»

El astrólogo, confuso,
Parece de mármol hecho,
Segun lo pálido y frio
Que está clavado en su puesto.

«Dí que mi primo se engaña,
Y te colmaré de obsequios,
Y te daré una hija mia
Para que te sirva, en premio.»

El sabio baja los ojos,
Con justa razon temiendo
La cólera soberana
Que oculta el rey con esfuerzo.

«Contesta, Xoloe, no temas.»
—«Si tu lo mandas.....»

—«Lo quiero.»

—«Nezahualpilli no miente.»

—«¿Luego es la verdad?»

—«Es cierto.»

Al comprender Moteuczoma
Tan grande convencimiento,
En la áspera cabellera
Clava con furor sus dedos;

Y ardiendo en ira, se vuelve
Al otro, que no muy lejos
Está, en ademán sumiso,
Y es general de su ejército.

Y «de ese infame, le dice,
Préndele á la casa fuego,
Y manatiado al instante
Enciérralo de ella adentro;

Pasto sea de las llamas
Su torpe lengua y su cuerpo,
Y hasta las aguas del lago
Lleve su ceniza el viento.»

—«Gran señor, si tú lo mandas,
Gran señor yo soy tu siervo,
Clama el infeliz anciano
Irguiendo el sulcado cuello.

Si hallas placer en que muera,
Gózate, pues, obedezco;
Soy tu vasallo, y humilde
Tu majestad reverencio.

Pero antes oye: vacila
En tu débil mano el cetro,
Y pronto en ella otras gentes
Pedazos vendrán á hacerlo;

Caerás, sí..... yo te lo juro,
Y maldecirán tus hechos
Los que hoy ansiosos te halagan
Y base son de tu Imperio.

Y uno á quien tu misma sangre
Da calor y fuerte aliento,
Sobre tí su aguda flecha
Será en lanzar el primero.»

Dijo: de sus negros ojos
Se escapa un fulgor siniestro,
Y tras un postrer saludo
Sale del recinto régio.



Quedó solo el rey, mirando
De una gran ventana el hueco,
Y vió al sol, y el sol poniente
Hundiéndose á paso lento

Entre rojizos nublados,
Como girones sangrientos,
Alumbró su largo rostro
Con moribundos reflejos.